Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
				4	0
7	6	9	0	1	1
5	1	8	2	0	1
3	7	1	4	1	2
3	6	7	2	0	1
5	8	1	4	0	2
8	0	9	4	1	1

LOS GRITOS DEL VIENTO



Página/2/3

Verano/12

DECIDIRSE

(*Por Lucio Cerdá*) Tres veces la miró y otras tantas, ella sostuvo sus ojos. No podría decirse que es de los que temen a la vida pero la situación no es tan fácil se dice. Mira sus uñas varias veces mientras piensa de manera atolondrada que están algo sucias y que ella es extremadamente delgada, como verdaderamente le gustan. Abomina de las mujeres pulposas, codiciadas por cuanto hombre anda por allí. Ha notado cierto temblor en su pierna izquierda: le ocurre en todo momento de tensión; ya pasará, piensa y carraspea, levanta su mano derecha y se acaricia el pelo en un gesto estudiado y al hacerlo nota el anillo de sello. No es supersticioso pero se lo saca de un tirón vaya a saber por qué oscura razón y lo guarda disimuladamente en el bolsillo del saco.

En ese instante es cuando vuelve a buscarla con la mirada y en el acto baja la vista: no es necesario comportarse como un adolescente; nada sería mejor que transmitir serenidad y aplomo, en todo caso esta vez se cuidará mucho.

Alguien pasa a su lado y lo empuja levemente. Un instante de ira le asoma a la garganta; en circunstancias como éstas debe haber algo así como un círculo alrededor suyo, un lugar vacío en el cual pueda ser visualizado como único responsable de sus gestos.

Recuerda que alguien le dijo alguna vez que la vida es generosa con los indicios pero no lo es con las oportunidades. Tiene razones para suponer signos suficientes como para suponer acontecimientos memorables. Se trata de saber apropiarse de aquello que uno genera, de no distraerse acudiendo a razonamientos de tono moral o a presiones sociales. Tampoco es cuestión, se dice a velocidad desconocida, de convertirse en un héroe; simplemente se hace necesario actuar de frente, con limpieza, como si se tratara de elegir una camisa limpia del guardarropa.

Curiosamente se le hace presente la imagen de su padre, un hombre vacilante que, sin embargo, pudo enseñarle que la prudencia cuando se hace hábito no es otra cosa que un disfraz del miedo.

Ya es hora, no vale la pena dilatar más nada, el mundo no acaba en los próximos minutos, se acerca, mira, sonríe y escupe la palabra: ¿bailás?

Esta página de Osvaldo Bayer fue escrita en 1958 en Esquel, provincia de Chubut. Se trata de un hecho verídico, "una noticia de policía", apenas, protagonizada por mapuches apaisanados. Bayer, que trabajaba en el único diario de la pequeña ciudad, asistió a la reconstrucción policial de los hechos y conversó con el sobreviviente de los sucesos de sangre. Como la crónica no podía expresar toda la verdad, decidió interpretar literariamente esta tragedia protagonizada por los hombres y la tierra. El autor de "Los vengadores de la Patagonia trágica" apenas pudo trabajar un año en el periodismo patagónico. Sus crónicas en favor de los mapuches de Cushamen y su defensa de un plantador de nogales perseguido por los terratenientes y la policía, le bastaron al propietario del diario "Esquel" para dejarlo cesante y acusarlo de "doble tentativa de homicidio". Detenido, Bayer demostró su inocencia y fundó un semanario propio llamado "La Chispa", también en Esquel, al que denominó "primer periódico independiente de la Patagonia". Pero a los pocos números fue obligado por la Gendarmería nacional a abandonar la región por "tratarse de una zona fronteriza".

LOS GRITOS DEL VIENTO

VIÑUELA.

Por Osvaldo Bayer

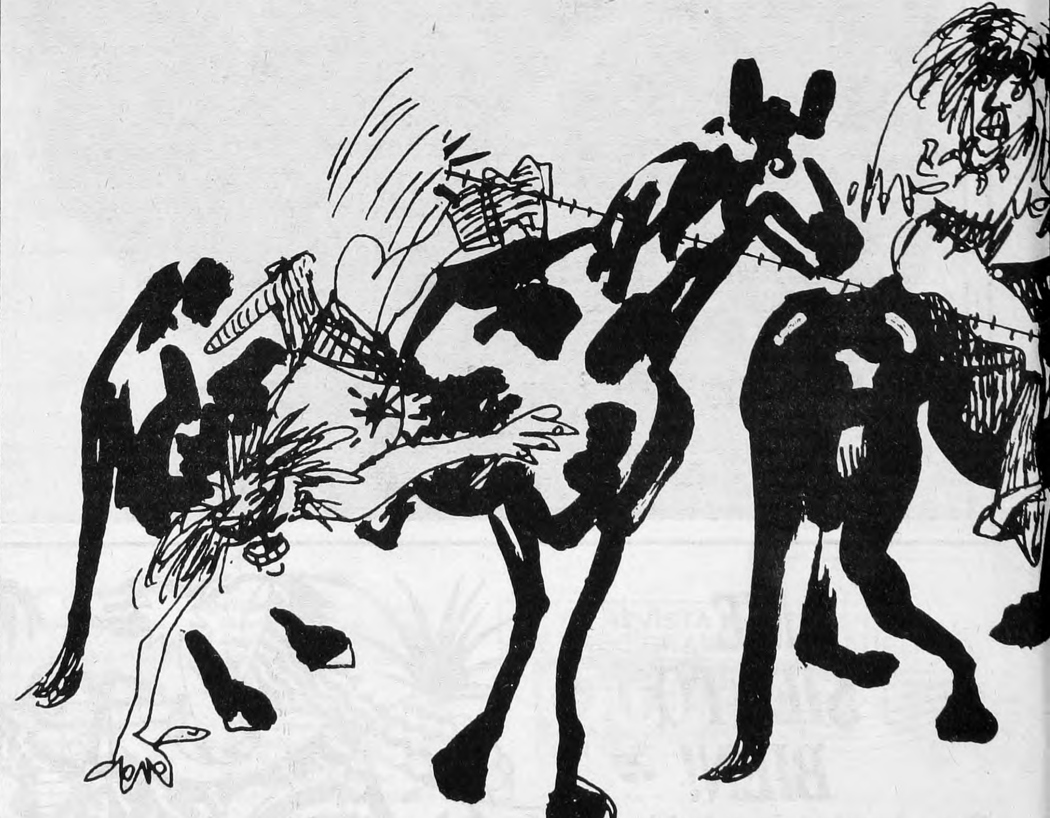
Ahí nomás, cerca de unos ñires. Leña para buen fuego. La carne, de setiembre; flaca y dura. Ponciano Huenchullán se miró las botas. El era paisano de botas, no de alpargatas, pese a que ahora no poseían nada. Emilio, su hermano, desparramó las brasas. El viento cobraba alas de a ratos. Levantaba hasta las piedras y secaba más todavía el lomo pardo de la tierra.

El viento de la cordillera. Eso que sale a la carrera detrás de los picos y va ganando velocidad en el desierto. Se mete por los embudos, pega aletazos en los valles y se aleja dejando rabia y tierra seca.

—Hoy me paró otra vez el Antenor y nos dijo que nos daba plazo hasta el mediodía para que desalojemos si no nos va a sacar a rebencazos.

—Pura parada. El rebencazo se lo voy a dar yo por el lomo.

Emilio estaba rabioso. Tal vez los Ainqueo tenían razón. La tierra era de los Ainqueo, nadie se la discutía. ¿Pero, y ellos, los Huenchullán dónde se iban a meter entonces? ¿Acaso los Huenchullán no eran los más antiguos de la zona? Y cuatro, además: doña Rosaria, Ponciano, Emilio, su mujer y el hijo. Casi cinco. La culpa era y no era del viejo Huenchullán. Tuvo mala suerte y perdió su tierra. No quedó más remedio que venirse para este lado, que los Ainqueo decían que



LOS GRITOS DEL VIENTO

Esta página de Osvaldo Bayer fue escrita en 1958 en Esquel, provincia de Chubut. Se trata de un hecho verídico, "una noticia de policía", apenas, protagonizada por mapuches apaisanados. Bayer, que trabajaba en el único diario de la pequeña ciudad, asistió a la reconstrucción policial de los hechos y conversó con el sobreviviente de los sucesos de sangre. Como la crónica no podía expresar toda la verdad, decidió interpretar literariamente esta tragedia protagonizada por los hombres y la tierra. El autor de "Los vengadores de la Patagonia trágica" apenas pudo trabajar un año en el periodismo patagónico. Sus crónicas en favor de los mapuches de Cushamen y su defensa de un plantador de nogales perseguido por los terratenientes y la policía, le bastaron al propietario del diario "Esquel" para dejarlo cesante y acusarlo de "doble tentativa de homicidio". Detenido, Bayer demostró su inocencia y fundó un semanario propio llamado "La Chispa", también en Esquel, al que denominó "primer periódico independiente de la Patagonia". Pero a los pocos números fue obligado por la Gendarmería nacional a abandonar la región por "tratarse de una zona fronteriza".

Por Osvaldo Bayer

Ahí nomás, cerca de unos ñires. Leña para buen fuego. La carne, de setiembre; flaca y dura. Ponciano Huenchullán se miró las botas. El era paisano de botas, no de alpargatas, pese a que ahora no poseían nada. Emilio, su hermano, desparramó las brasas. El viento cobraba alas de a ratos. Levantaba hasta las piedras y secaba más todavía el lomo pardo de la tierra.

El viento de la cordillera. Eso que sale a la carrera detrás de los picos y va ganando velocidad en el desierto. Se mete por los embudos, pega aletazos en los valles y se aleja dejando rabia y tierra seca.

—Hoy me paró otra vez el Antenor y nos dijo que nos daba plazo hasta el mediodía para que desalojemos si no nos va a sacar a rebencazos.

—Pura parada. El rebencazo se lo voy a dar yo por el lomo.

Emilio estaba rabioso. Tal vez los Ainqueo tenían razón. La tierra era de los Ainqueo, nadie se la discutía. ¿Pero, y ellos, los Huenchullán dónde se iban a meter entonces? ¿Acaso los Huenchullán no eran los más antiguos de la zona? Y cuatro, además: doña Rosaria, Ponciano, Emilio, su mujer y el hijo. Casi cinco. La culpa era y no era del viejo Huenchullán. Tuvo mala suerte y perdió su tierra. No quedó más remedio que venirse para este lado, que los Ainqueo decían que era suya.

—Y el Antimán, cuando me vio cerca, me gritó que nos iba a sacar a tiros por las patas.

—Dejálo que se vengan nomás, yo traje el 32 del finado padre.

—No, no hay que llegar a eso.

—Es que se están poniendo cargosos.

—Que no se impacienten porque con eso no se arregla nada.

El asado, vuelta y vuelta; quemado por fuera y crudo por dentro, como debía ser. Y con olor.



Pero esta vez no fue sólo amenaza. Se vinieron los Ainqueo. El Antimán y el Antenor. Por el cañadón. Aparecieron justo cuando se metía otra vez la punta del viento de la cordillera, que pasó atropellando todo y dejando doloridas las espaldas.

Y como si vinieran a la cola del viento, cayeron los Ainqueo al galope, con rabia, embistiendo a los de a pie. El tordillo y el alazán, coludos y crinosos, pasaron como rayo entre los Huenchullán, que se abrieron. Pasaron sin dar rebenque, pero pegaron la vuelta y se acercaron despacio, revoleando ahora sí los taleros.

La detonación fue seca y más seco el retumbe en el cañadón.

Antimán Ainqueo cayó del caballo como bolsa de trigo que se viene en banda de la estiba. Se vino de lado, como sin cabeza y ya estaba muerto antes de llegar al suelo. Antenor pegó un rugido cuando vio caer a su hermano, como si le hubieran arrancado sus propias entrañas.

Los Huenchullán temblaron de puro atorados por la tragedia. Se quedaron los tres hombres petrificados por un segundo y ahí nomás se bajó el Antenor del caballo, ya cuchillo en mano, y se largó sobre el autor del tiro mortal. Ya no había salvación. Todos estaban desesperados, por eso mismo querían despedazarse. El viento les había secado los nervios.

—Abrite, Emilio dejame solo —gritó Ponciano casi con la boca cerrada, como en un estertor, tratando de parar el chuzazo firme del Ainqueo, aunque no cubrió bien el brazo con el poncho y el filo le entró, frío como bisturí, abriéndole la piel desde el codo hasta la mano, como si lo hubiera querido descuerear.

Pero Antenor estaba demasiado desesperado para saber pegar la segunda. Emilio tuvo miedo por su hermano, en cuanto lo vio herido. Como perro rabioso se le fue encima al Ainqueo, por la espalda y le dio un talerazo que le enroscó la cara. Lo vio venirse al Antenor que se dio vuelta con la cara ardida, como si le hubieran refregado ortigas. El hombre se veía acorralado y repartía cuchilladas en el aire con una mano y con la otra rebencazos como queriendo morder.

Ahí le entró Emilio. Una larga, bien adentro. El filo se resbaló blando, como si entrara en grasa. Tembló el cañadón del rugido bravo de tenor. Emilio se quedó parado después de sacar su cuchillo del envaine de carne y le pareció escuchar la voz ensordecedora del mismo Dios del Juicio Final cuando el grito pegó en las montañas.

Fue su descuido. Antenor no estaba muerto todavía y se cobró bien la puñalada porque le dio a Emilio propio en la verija. La pelea terminó. El Ainqueo cayó y Emilio Huenchullán, espantado, encima de él.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... nueve... diez ojales en la piel. El cuchillo se le cayó de la mano.La boca se le llenó de baba espumosa.

Ponciano se abalanzó sobre Emilio y lo abrazó. Se miraron a los ojos. Estaban llorando. Era la primera vez que hacían eso. En el abrazo había desesperación, miedo, terror, o tal vez sólo angustia de saber que habían perdido todos, definitivamente.

—Se la buscaron, se vinieron de puro camorreros, Emilio.

Ponciano se dio cuenta de que era innecesario decir eso.

Los ojos de Emilio ya decían que se iba a morir.

—Me chorrea el verijal, Ponciano. Andate hasta lo del gringo y decile que venga con el carro.

Cuando se fue Ponciano, Emilio ya sabía que el carro no iba a llegar a tiempo.

Eso fue todo —se dijo mientras trataba de parar la sangre con los dedos— ya me falta poco.

Pero para él, lo otro era más importante.

—Matamos a los Ainqueo —se dijo, casi conversando— ...por la tierra. Nunca nos tuvimos rabia. Pero ahora se habían vuelto como los blancos. No le quise decir a Ponciano, pero me llamaron usurpador. Usurpador. Como si la tierra no hubiera sido siempre de todos, nuestra y de los Ainqueo, antes que vinieran los alambrados. No eran malos los Ainqueo pero se habían vuelto egoístas. Como los huincas. "Esto es mío", decían.

Emilio había matado al Antenor. Y Ponciano al Antimán. Parece mentira. Quién lo iba a decir. Los cuatro habían sido amigos ya de chicos. Con uno de ellos, sí, justo con el Antenor, habían sido niños santos, huentre pihuichén, en un camaruco, en aquellas fiestas de antes pura alegría y amistad. Y ahora había sido capaz de quitarle la vida. Sintió asco de sí mismo. Le entró calor en las manos rojas.

Se imaginó a su madre, doña Rosaria, inmóvil, sin decir palabra, como rezando. Ella, orgullosa siempre de que los Huenchullán nunca habían usado el cuchillo. A ella, tan luego le salían los dos hijos asesinos, manchados con la sangre de los hermanos Ainqueo. "Los Huenchullán son derechos como criollos de ley", había dicho un oficial de gendarmería. Esa frase había impresionado a la familia entera y quedado como norma de conducta.

—Y ahora nos matamos de pura calentura. Se nos vinieron encima, con caballo y todo, tal vez para asustarnos. Se dieron coraje y se vinieron. Y ahí fue lo del tiro de Ponciano.

Todo lo demás había pasado como un azotazo de viento, como una nube de tierra, de esas que hacen morder con rabia la arena que se le mete a uno en la boca, o como cuando se vienen las piedras, cuesta abajo, bailoteando como locas entre los ñires. Así, lo mismo. Para luego caer en el enorme silencio de siempre, ese silencio que los rodeó en la infancia llena de magias y en la adolescencia de las primeras vergüenzas.

Otra vez pensó en doña Rosaria. Estaría ahora en silencio, mirando los maitenes del horizonte, presintiendo malos tiempos y ya sufriendo, sin quejarse, como cuando se les murió el pequeño Sixto, de las diarreas. Inmóvil, igual que en los oficios de cultruquera.

Pensó en Ponciano. Ahora que llegara con el carro del gringo le iba a decir: "Yo me muero, Ponciano, y voy a cargar con las dos muertes. Voy a declarar que fui yo solo, así vos cuidás de las mujeres y el chico". Hasta se imaginó la cara de Ponciano que lo iba a mirar con ojos de choique asustado como queriendo decir: "Si no te vas a morir nada".

Ya deliraba Emilio. O por lo menos a medida que se le iba la vida la cabeza se le llenaba de imágenes. A ratos se volvía todo oscuro. Y de pronto se le aparecían grandes ciudades blancas como esas que había visto en las revistas de la peluquería de Esquel. Fue cuando pensó en el viento y en la soledad en que había vivido y habían vivido todos los de su casta. Como abandonados de la mano de Dios. Siempre solos con alguna que otra oveja y el viento sin fin y la cordillera vigilante desde el mismo costado, como una barrera. Todo eso había sido la vida, soledad y viento. Pero no se dejó ir, sintió como un refrescón en todo el cuerpo. La fiebre o la debilidad habían desaparecido, y se le clavó la imagen verde reluciente de las quintas de los gringos en pleno valle del río. Y el verde se transformó en rubio de oro: las trenzas de su mujer.

La galensa se casó con el paisano Huenchullán porque no había otro hombre disponible, habían dicho por allí. Que había sido de todos. Pero lo cierto que ahora era suya, y no de otro. Y él le respetó el chico que trajo. El sabía que ella estaba orgullosa de haberse casado por la ley con un paisano. En los camarucos era la única rubia, pero sabía bailar el purún como la mejor.

Se sintió aliviado, fresco ya, con ganas de apoyarse en los codos y erguirse. Como si se hubiera mojado la cara en el ojo de agua.

Pudo ver la sangre, la suya mezclada con la del Antenor. El estaba ahí, a unos pasos, de espaldas al cielo con la mandíbula para fuera, como si hubiera hecho fuerza para respirar.

—Pelearnos como chiquilines por la tierra —sonó el grito de Emilio.

Y entrecortado, no pudo terminar. Los Huenchullán nunca usaron el cuchillo.

Vinieron las imágenes sin fin, rápidas, de un desierto verde, sin viento, fresco como el ojo de agua.

Y se sintió como empujado, como si entrara en un .ecinto todo lleno de luz; como si divisara por primera vez, junto con su padre, las aguas azules de los lagos de Futalauquén.



era suya.

—Y el Antimán, cuando me vio cerca, me gritó que nos iba a sacar a tiros por las patas.

—Dejálo que se vengan nomás, yo traje el 32 del finado padre.

—No, no hay que llegar a eso.

—Es que se están poniendo cargosos.

—Que no se impacienten porque con eso no se arregla nada.

El asado, vuelta y vuelta; quemado por fuera y crudo por dentro, como debía ser. Y con olor.

Pero esta vez no fue sólo amenaza. Se vinieron los Ainqueo. El Antimán y el Antenor. Por el cañadón. Aparecieron justo cuando se metía otra vez la punta del viento de la cordillera, que pasó atropellando todo y dejando doloridas las espaldas.

Y como si vinieran a la cola del viento, cayeron los Ainqueo al galope, con rabia, embistiendo a los de a pie. El tordillo y el alazán, coludos y crinosos, pasaron como rayo entre los Huenchullán, que se abrieron. Pasaron sin dar rebenque, pero pegaron la vuelta y se acercaron despacio, revoleando ahora sí los taleros.

La detonación fue seca y más seco el retumbe en el cañadón.

Antimán Ainqueo cayó del caballo como bolsa de trigo que se viene en banda de la estiba. Se vino de lado, como sin cabeza y ya estaba muerto antes de llegar al suelo. Antenor pegó un rugido cuando vio caer a su hermano, como si le hubieran arrancado sus propias entrañas.

Los Huenchullán temblaron de puro atorados por la tragedia. Se quedaron los tres hombres petrificados por un segundo y ahí nomás se bajó el Antenor del caballo, ya cuchillo en mano, y se largó sobre el autor del tiro mortal. Ya no había salvación. Todos estaban desesperados, por eso mismo querían despedazarse. El viento les había secado los nervios.

—Abrite, Emilio dejame solo —gritó Ponciano casi con la boca cerrada, como en un estertor, tratando de parar el chuzazo firme del Ainqueo, aunque no cubrió bien el brazo con el poncho y el filo le entró, frío como bisturí, abriéndole la piel desde el codo hasta la mano, como si lo hubiera querido descuerear.

Pero Antenor estaba demasiado desesperado para saber pegar la segunda. Emilio tuvo miedo por su hermano, en cuanto lo vio herido. Como perro rabioso se le fue encima al Ainqueo, por la espalda y le dio un talerazo que le enroscó la cara. Lo vio venirse al Antenor que se dio vuelta con la cara ardida, como si le hubieran refregado ortigas. El hombre se veía acorralado y repartía cuchilladas en el aire con una mano y con la otra rebencazos como queriendo morder.

Ahí le entró Emilio. Una larga, bien adentro. El filo se resbaló blando, como si entrara en grasa. Tembló el cañadón del rugido bravo de tenor. Emilio se quedó parado después de sacar su cuchillo del envaine de carne y le pareció escuchar la voz ensordecedora del mismo Dios del Juicio Final cuando el grito pegó en las montañas.

Fue su descuido. Antenor no estaba muerto todavía y se cobró bien la puñalada porque le dio a Emilio propio en la verija. La pelea terminó. El Ainqueo cayó y Emilio Huenchullán, espantado, encima de él.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... nueve... diez ojales en la piel. El cuchillo se le cayó de la mano.La boca se le llenó de baba espumosa.

Ponciano se abalanzó sobre Emilio y lo abrazó. Se miraron a los ojos. Estaban llorando. Era la primera vez que hacían eso. En el abrazo había desesperación, miedo, terror, o tal vez sólo angustia de saber que habían perdido todos, definitivamente.

—Se la buscaron, se vinieron de puro camorreros, Emilio.

Ponciano se dio cuenta de que era innecesario decir eso.

Los ojos de Emilio ya decían que se iba a morir.

—Me chorrea el verijal, Ponciano. Andate hasta lo del gringo y decile que venga con el carro.

Cuando se fue Ponciano, Emilio ya sabía que el carro no iba a llegar a tiempo.

Eso fue todo —se dijo mientras trataba de parar la sangre con los dedos— ya me falta poco.

Pero para él, lo otro era más importante.

—Matamos a los Ainqueo —se dijo, casi conversando— ...por la tierra. Nunca nos tuvimos rabia. Pero ahora se habían vuelto como los blancos. No le quise decir a Ponciano, pero me llamaron usurpador. Usurpador. Como si la tierra no hubiera sido siempre de todos, nuestra y de los Ainqueo, antes que vinieran los alambrados. No eran malos los Ainqueo pero se habían vuelto egoistas. Como los huincas. "Esto es mío", decían.

Emilio había matado al Antenor. Y Ponciano al Antimán. Parece mentira. Quién lo iba a decir. Los cuatro habían sido amigos ya de chicos. Con uno de ellos, sí, justo con el Antenor, habían sido niños santos, huentre pihuichén, en un camaruco, en aquellas fiestas de antes pura alegría y amistad. Y ahora había sido capaz de quitarle la vida. Sintió asco de sí mismo. Le entró calor en las manos rojas.

Se imaginó a su madre, doña Rosaria, inmóvil, sin decir palabra, como rezando. Ella, orgullosa siempre de que los Huenchullán nunca habían usado el cuchillo. A ella, tan luego le salían los dos hijos asesinos, manchados con la sangre de los hermanos Ainqueo. "Los Huenchullán son derechos como criollos de ley", había dicho un oficial de gendarmería. Esa frase había impresionado a la familia entera y quedado como norma de conducta.

—Y ahora nos matamos de pura calentura. Se nos vinieron encima, con caballo y todo, tal vez para asustarnos. Se dieron coraje y se vinieron. Y ahí fue lo del tiro de Ponciano.

Todo lo demás había pasado como un azotazo de viento, como una nube de tierra, de esas que hacen morder con rabia la arena que se le mete a uno en la boca, o como cuando se vienen las piedras, cuesta abajo, bailoteando como locas entre los ñires. Así, lo mismo. Para luego caer en el enorme silencio de siempre, ese silencio que los rodeó en la infancia llena de magias y en la adolescencia de las primeras vergüenzas.

Otra vez pensó en doña Rosaria. Estaría ahora en silencio, mirando los maitenes del horizonte, presintiendo malos tiempos y ya sufriendo, sin quejarse, como cuando se les murió el pequeño Sixto, de las diarreas. Inmóvil, igual que en los oficios de cultruquera.

Pensó en Ponciano. Ahora que llegara con el carro del gringo le iba a decir: "Yo me muero, Ponciano, y voy a cargar con las dos muertes. Voy a declarar que fui yo solo, así vos cuidás de las mujeres y el chico". Hasta se imaginó la cara de Ponciano que lo iba a mirar con ojos de choique asustado como queriendo decir: "Si no te vas a morir nada".

Ya deliraba Emilio. O por lo menos a medida que se le iba la vida la cabeza se le llenaba de imágenes. A ratos se volvía todo oscuro. Y de pronto se le aparecían grandes ciudades blancas como esas que había visto en las revistas de la peluquería de Esquel. Fue cuando pensó en el viento y en la soledad en que habían vivido y habían vivido todos los de su casta. Como abandonados de la mano de Dios. Siempre solos con alguna que otra oveja y el viento sin fin y la cordillera vigilante desde el mismo costado, como una barrera. Todo eso había sido la vida, soledad y viento. Pero no se dejó ir, sintió como un refrescón en todo el cuerpo. La fiebre o la debilidad habían desaparecido, y se le clavó la imagen verde reluciente de las quintas de los gringos en pleno valle del río. Y el verde se transformó en rubio de oro: las trenzas de su mujer.

La galensa se casó con el paisano Huenchullán porque no había otro hombre disponible, habían dicho por allí. Que había sido de todos. Pero lo cierto que ahora era suya, y no de otro. Y él le respetó el chico que trajo. El sabía que ella estaba orgullosa de haberse casado por la ley con un paisano. En los camarucos era la única rubia, pero sabía bailar el purún como la mejor.

Se sintió aliviado, fresco ya, con ganas de apoyarse en los codos y erguirse. Como si se hubiera mojado la cara en el ojo de agua.

Pudo ver la sangre, la suya mezclada con la del Antenor. El estaba ahí, a unos pasos, de espaldas al cielo con la mandíbula para fuera, como si hubiera hecho fuerza para respirar.

—Pelearnos como chiquilines por la tierra —sonó el grito de Emilio.

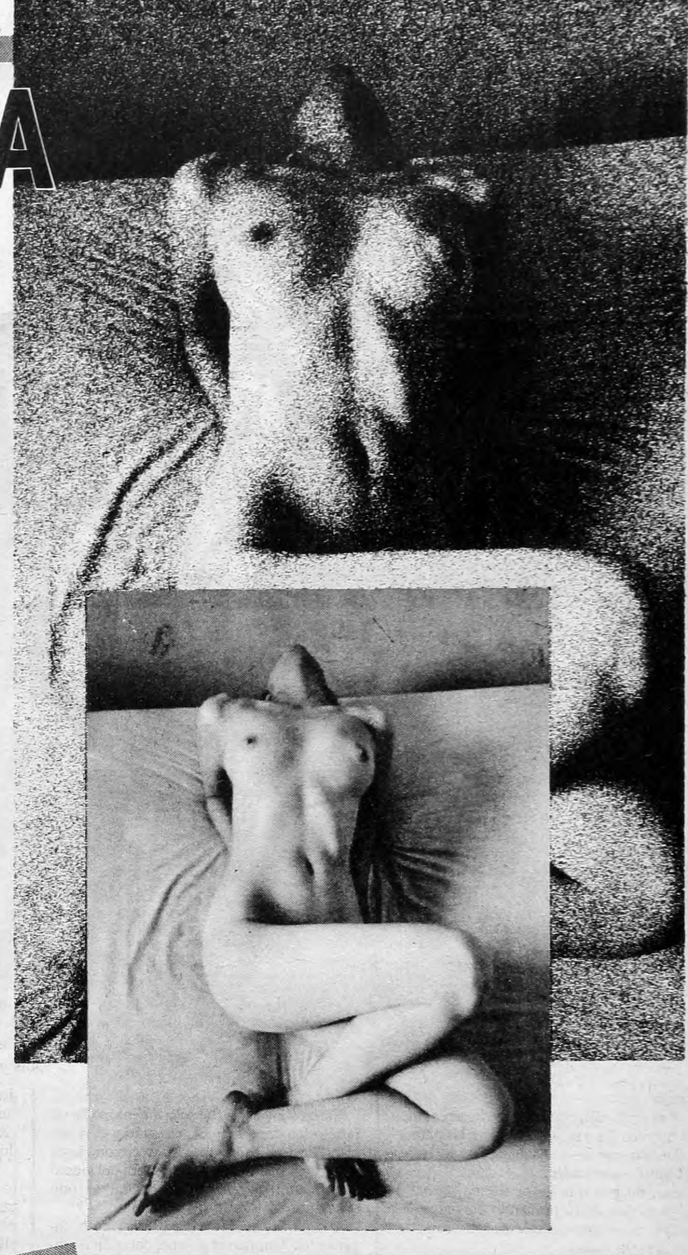
Y entrecortado, no pudo terminar. Los Huenchullán nunca usaron el cuchillo.

Vinieron las imágenes sin fin, rápidas, de un desierto verde, sin viento, fresco como el ojo de agua.

Y se sintió como empujado, como si entrara en un recinto todo lleno de luz; como si divisara por primera vez, junto con su padre, las aguas azules de los lagos de Futalauquén.

LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich



26. De hierro

Viviana está sola en la cama: espera a Lucio. El viajó por unos días al interior, para hacer consultas con otros inventores, y le dejó a Viviana la llave de su pieza. Ya debe estar por llegar.

La cama de Lucio no es de hierro, sino de madera fuerte.

En la mesita junto a la cama, hay un vaso con un ramito de jazmines, que él le regaló a Viviana al partir. Hay dos sillas, y una ventana que da a un patio con malvones. En la pared hay un grabado, recortado de una revista, que imagina una bicicleta voladora. También hay una foto de Marilyn Monroe, y una foto de hospital donde una mujer con un dedo sobre los labios indica silencio; a ella recurren Lucio y Viviana cuando discuten o cuando les parece que están hablando demasiado. En la mesita hay un pequeño espejo, que Viviana dejó a mano para no estar desarreglada cuando él llegue. Ya es la hora. Viviana tiene una idea: saca los jazmines del vaso y los esparce entre las sábanas, que se humedecen un poco con el agua de los tallitos; así Lucio se acostará junto a ella sobre jazmines. Ya ha pasado la hora; no es la primera vez que Lucio se retrasa, Viviana siempre teme que no vuelva. El tiempo pasa, vacío. Vuelve a tomar el espejo, se cepilla el pelo. Escucha ruidos abajo, pero son los chicos de la pieza de al lado que suben corriendo los peldaños de madera. En seguida otro ruido, inconfundible, los pasos de Lucio.

Llega con gesto preocupado que se suaviza al verla. La besa en la mejilla. Está rendido; toma la toalla que cuelga en la pared, se bañará en un momento y estará con ella. Sale. De repente a Viviana le parece que los jazmines entre las sábanas son cosa ridícula, y, rápido, antes de que vuelva Lucio, los junta y vuelve a ponerlos en el vaso de agua. Oye el ruido apagado de la ducha. La cama ha quedado perfumada. Ahora se dice que hizo mal en sacar los jazmines porque Lucio, al sentir la cama perfumada, va a saber que ella puso jazmines en su ausencia y que después los sacó: es mejor que los vuelva a poner. Muy ligero los saca otra vez del vaso, de nuevo la cama se moja con agua de jazmín, y en eso se abre la puerta, Lucio llega envuelto en una toalla y la ve desnuda en la cama, con jazmines.

—Estaba sacándolos, poniéndolos —no sabe qué decir Viviana, y vuelve a taparse con la sábana. "Parecía que estabas en un cuadro, con los jazmines", sonríe Lucio, y le pide que vuelva a sacar la sábana. "No", dice ella, "vení", pide, y él se acuesta a su lado. Ella se aprieta contra él: ¿Cómo te fue? El vacila. No le fue bien. No logra diseñar una batería tan liviana para la bicicleta voladora. Va a hacer todavía otro viaje, a hablar con un inventor llamado Hermógenes qe vive en el campo, en un rancho. Pero la voz de Lucio se apaga: no cree que pueda conseguirlo. Lucio calla. Viviana le acaricia el pelo. Ella debería decirle algo, animarlo, no sabe. Entonces mira la foto silenciosa en la pared.

Lucio sentirá el beso de Viviana sobre su hombro cansado, y la boca contornear el brazo y por la exila y el costado del cuerpo. Y después Lucio ha tomado un jazmín y lo hace rodar entre el pelo despeinado de Viviana. Y, después todavía, él sentirá la boca de ella por su ingle y atrás, en la raíz del árbol viril. Y la boca de Viviana va más atrás entre las piernas de Lucio, y él en un instante de pudor masculino se contrae pero ella, con femenino impudor, hunde la cara, la lengua en el cuerpo del hombre; desde la pared, la foto de la mujer rubia le dice a Lucio que Viviana lo quiere hasta lo último. Y Lucio sentirá el rastro del jazmín en el pelo de Viviana y el rastro suyo más secreto al besarla en la boca. El sube al cuerpo de mujer, y se aparta un poco para mirarla, y sonríen; agua clara, el sexo de ella lo recibe y es como si se riera, Viviana ríe en su sexo y su risa derriba los edificios altos de cartón pintado, la catedral, el cabildo, las camas de hierro de los hospitales de la ciudad de la mentira.

(El folletín finalizará mañana.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA



AYUDAS: MAZZONE, SALEM, URROZ

Horizontales

1. Capital europea./ Mamífero plantígrado (fem.).
2. Mancha alrededor del párpado inferior./ Pasar repetidamente la lengua por una cosa.
3. Capital del estado de Oregón./ Reparte la paga.
4. Ciudad de España./ Ciudad de Corea.
5. Ciudad de Brasil (estado de Goias)./ Iniciales del guitarrista Metheny.
6. Asteroide número 225, descubierto en 1882 por Palissa.
7. Acodala, pone codales./ Villa de España, en la provincia de Navarra.
8. Abreviatura de señor./ Puñal malayo de hoja sinuosa.
9. Dividí en partes un todo./ Capital de Ecuador.
10. Expongo al fuego./ Del color del cielo./ Pefijo privativo.
11. (Herbert) Realizador cinematográfico./ Lustre, brillo.

Verticales

1. Preposición: pos./ Raer una superficie.
2. Desluce, manosea./ Grueso, grosero.
3. En la Argentina y Uruguay, acción de observar con disimulo./ Chacó de fieltro.
4. Nombre inglés de Irlanda.
5. Isla del Egeo donde se halló la estatua de la Victorica.
6. Siamés, tailandés./ Símbolo del circonio.
7. Interjección para animar al torero./ Departamento y ciudad de Chile.
8. Traje usado por las mujeres en la India./ Nombre de la actriz Andress.
9. Afecto, cariño./ Erbio.
10. País cuya capital es El Cairo./ Onomatopeya de ciertos golpes.
11. Abreviatura de "señora"./ Dibujante humorístico argentino, autor del personaje "Afanancio".

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Comieron por la noche · Argolla de hierro · Logaritmo · Planta que nace entre las peñas · Resina sólida de un árbol para barniz · De la muela (pl.) · Planta de flor blanca · Interjección: duda o ironía · Dios del amor · Quitar · Limpié con agua · Arbol de la nuez (pl.) · Dueño · Apócope de tanto · Maligna · Confirmar · Golfo del Indico · Animal con plumas · Número primo · Novena

AYUDAS: Asarina, Elemí

SOLUCIONES

4791

CALA■EJEM
EROS■L■■O
NOGALES■L
A■■R■MALA
RATIFICAR
OMAN■■AVE
NONA■TRES

P	A	R	I	S	■	O	S	A	■	S
O	J	E	R	A	■	L	A	M	E	R
S	A	L	E	M	■	E	R	O	G	A
T	■	O	L	O	T	■	I	R	I	■
■	■	J	A	T	A	I	■	■	P	M
R	■	E	N	R	I	Q	U	E	T	A
A	C	O	D	A	■	U	R	R	O	Z
S	R	■	■	C	R	I	S	■	■	Z
P	A	R	T	I	■	Q	U	I	T	O
A	S	O	■	A	Z	U	L	■	A	N
R	O	S	S	■	R	E	A	L	C	E